

Pedagogía y maestro en la novela costista

FERMÍN EZPELETA AGUILAR¹

Se exploran los aspectos pedagógicos en las novelas regeneracionistas *Justo de Valdediós*, borrador fragmentario de Joaquín Costa, y *La ley del embudo*, de Pascual Queral y Formigales. Se pone de manifiesto la vinculación de las fórmulas expresivas didácticas con la pedagogía vertida a través de ellas. En el caso de la obra de Costa, la historia queda conformada mediante la plasmación de la *pareja pedagógica* profesor-discípulo, propia del género de la *novela pedagógica*. A través del diálogo de esos personajes surge la teorización krausista, aunque proyectando ese ideario a una época histórica anterior. En la novela de Queral, el personaje profesor es asimismo depositario de una tesis pedagógica según el modelo de la Institución Libre de Enseñanza, en contraste con el perfil bajo que desempeñan personajes secundarios como los maestros y las maestras de escuela.

This article explores the pedagogical aspects found in the regenerationist novels *Justo de Valdediós*, by Joaquín Costa, and *La ley del embudo*, by Pascual Queral y Formigales. Clear links can be found between expressive didactic forms and the pedagogy flowing through the texts. In the novel by Costa, the pedagogical pairing of teacher and student, typically found in *pedagogical novels*, shapes the story. Through the dialogue of these characters, the Krausist theory arises. In Queral's novel, the character of the secondary teacher is likewise set within a pedagogical thesis in the style of the Institución Libre de Enseñanza model, in contrast to the low profile attributed to the secondary characters, namely, the primary schoolteachers.

JOAQUÍN COSTA COMO PIONERO: JUSTO DE VALDEDIÓS, EDUCADOR KRAUSISTA Y NOVELA PEDAGÓGICA

Uno de los dos modelos básicos señalados por Romero Tobar (1977) para la narrativa regeneracionista se verifica como en ningún otro caso en las dos novelas que se consideran a continuación: el boceto narrativo de Joaquín Costa *Justo de Valdediós* y *La ley del embudo* (1897), de su discípulo Pascual Queral y Formigales. Se trata, como es sabido, de un modelo cercano al ensayo, de carácter doctrinal, con funciones auxiliares de los libros fundacionales teóricos del regeneracionismo, que se opone al otro modelo, el simbólico y fantástico. En todo caso, bajo esquemas diferentes, estos novelistas siempre apuntan de lleno al tema nuclear de la literatura regeneracionista: la disección de los males de la patria, el falseamiento democrático de los tiempos que corren y el caciquismo.

1 Universidad de Zaragoza. ferminez@unizar.es

A pesar de que no llegó a ver publicada ninguna de sus novelas, es Joaquín Costa quien presenta en sus borradores novelescos claros indicios de la importancia concedida por el escritor al modelo genérico pedagógico y, por ende, a la figura del personaje profesor. Todo ello dentro de un proyecto de novelística histórica equiparable al de Galdós y que debería integrarse en las *Novelas nacionales*² para contar la historia de España desde bases mitológicas.

Ahí está la publicación póstuma de la novela *Último día del paganismo y primero de... lo mismo*, redactada hacia 1908-1909 y reconstruida a partir de fragmentos insertos en *La España Moderna*.³ El escritor, sobre la base de una investigación histórica seria, realiza una labor arqueológica que remite a la gran literatura europea de la segunda mitad del siglo XIX acerca del Imperio romano. Sin embargo, persigue la finalidad didáctica propia del género regeneracionista, al mostrar al lector conclusiones aplicables a los momentos presentes. El argumento, sintetizado por Romero Tobar (1977: 163), presenta al héroe novelesco Numisio, noble romano de origen hispano, en peregrinaje por las tierras del Imperio, haciendo valer su bagaje de educador que basa sus premisas pedagógicas en Quintiliano, con apelación en la parte final a reformas costistas de *escuela y despensa*. Por otro lado, el llamado *legajo Soter*, escrito en 1905, presenta también la marca de la *pareja pedagógica* propia del género novela de instrucción,⁴ con el protagonista que alecciona a su discípulo, Pascual Villanúa (Sánchez Vidal, 1981: 14).⁵

Pero es en el proyecto novelístico *Justo de Valdediós*, exhumado y sometido a una reconstrucción y a un análisis convincente por Agustín Sánchez Vidal,⁶ donde esos indicios se convierten en pruebas concluyentes en lo que toca al tratamiento del personaje literario educador. Se trata de un proyecto de novela pergeñado entre 1874 y 1883 (Romero Tobar, 1977: 159), en años de estudios universitarios de su autor,⁷ en medio del caldo de cultivo de la filosofía krausista. Es decir, regresamos a la época de *La familia de León Roch* de Galdós. Costa recoge el estímulo krausista no de un modo tangencial, sino con glosa total de aquella doctrina filosófica.

2 Leonardo Romero Tobar (1977: 160-161) anticipa el calado del proyecto novelístico de novela histórica nacional, probablemente anterior al de Galdós, extractando las ideas clave en las que Costa explica los fundamentos retóricos de su novelística.

3 Aparece conjuntamente con las notas del escritor en el volumen XIV de la Biblioteca Económica de la Biblioteca Costa. Para más detalles de la descripción bibliográfica, véase Romero (1977: 162). Puede leerse en versión digital.

4 La novela pedagógica, o *Tendenzroman*, tiene como modelo el *Telémaco* de Fénelon y transmite un ideario pedagógico coherente a cargo de un mentor. El maestro, como depositario de la tesis pedagógica, cobra protagonismo narrativo y conforma con el discípulo la llamada *pareja pedagógica*. Grandroute (1985) conecta la morfología de este género con la naturaleza didáctica de la novela y señala que el adctrinamiento que realiza el profesor con el discente se homologa al que se propone hacer el novelista con los lectores.

5 Agustín Sánchez Vidal (1984: 29-68) considera que el héroe Justo de Valdediós evoluciona hasta convertirse en Justo Soter, tránsito hacia el Soter definitivo. El primer Justo "cumple la frustrada vocación universitaria de Costa y su papel de Fichte al hispánico modo entre efluvios inequívocamente krausistas". Y Soter es "el ajuste de cuentas con la Restauración y el cumplimiento mediante fórmulas de ficción de sus programas de tutela sobre el país" (p. 53). Hacia 1905 "perfila la figura mesiánica de un dictador benéfico, Justo Soter, que disuelve el Parlamento y procede a aplicar drástica y urgentemente una política quirúrgica" (p. 54). La acción de esta novela se situaría en el primer cuarto del siglo XX, anticipando la II República y la segunda Restauración (p. 55).

6 En Sánchez Vidal (1981). Sigo de cerca este libro, que rescata suficientemente la novela y pone en claro su sesgo pedagógico.

7 Para los aspectos de la "frustración universitaria" de Costa, véase Mainer (1984: 225-243).

Justo de Valdediós es en sí una síntesis krausista (Sánchez Vidal, 1981), y, en este sentido, podría haber supuesto la mejor novela con contenido krausista ejecutada bajo supuestos estéticos próximos a la novela pedagógica.⁸ Parece deducirse, según Sánchez Vidal (*ibidem*, p. 95), que la novela de Costa quedaría formalizada como un “manuscrito destinado a la publicación”, un testimonio narrado en primera persona, al modo de *Minuta de un testamento*, pero superando con creces a la novela de Azcárate.⁹

El ingrediente didáctico, señalado por Costa en sus notas (*ibidem*, p. 108), requeriría el tratamiento integrado de los aspectos cómico y trágico, así como la presencia del diálogo y los episodios intercalados (bien onírico-fantásticos, bien de carácter realista). Todo ello dentro del género de la novela histórica, concebida como obra total integradora de todas las disciplinas humanísticas. Para llevar adelante el plan, el novelista hace una caracterización inequívoca del héroe como personaje principal que absorbe todos los demás elementos de la estructura novelesca. Se trataría de una *novela de personaje*, según la clasificación de Kayser (*ibidem*, p. 120), frente a las *novelas de acontecimiento* o *de espacio*. Un personaje que sería una fuerte emanación autobiográfica, a la manera de lo que es Pío Cid para Ganivet, a partir de la idealización que de sí mismo hace el autor.

En todo caso, la vocación docente se sustentaría en la condición de catedrático universitario (de Filosofía del Derecho, tal vez), de filiación inequívocamente krausista, ajustándose al perfil del héroe prenietszcheano que da Leonardo Romero para el personaje protagonista regeneracionista, ejemplificándolo precisamente en el héroe costiano: “pormenorizado diseño de héroe de las novelas regeneracionistas, cuyos rasgos más señalados son su ubicuidad, su energía moral y competencia técnica, la dedicación total al alivio de los males de la patria, su destino trágico o escasamente halagüeño” (Romero Tobar, 1977: 120). La condición de profesor permite así que la novela adquiera rasgos propios de la novela pedagógica clásica con la formalización de la *pareja pedagógica* maestro-discípulo. Justo tiene en Bermudo a su discípulo principal, que deberá recoger el testigo del maestro. Se simboliza de este modo la “humanidad del porvenir que ha de ser educada”, en un escenario itinerante y con una disposición temporal circunscrita al reinado de Fernando VII como periodo histórico crucial que ilumina sobre la lucha revolucionaria en España.

El contenido pedagógico que ahorra toda la novela se va desgranando a través de modos expresivos variados y flexibles, pero sujetos a una exposición didáctica de saberes sistemáticos, en un estilo ecléctico muy ponderado en su día. El peregrinaje docente del protagonista le lleva a difundir su ideal de reforma krausista frente al clericalismo-absolutismo (por ejemplo, rescata a su alumno Bermudo del yugo pedagógico de los jesuitas). En el Madrid de 1820,

8 Fénelon se encuentra entre las variadas fuentes invocadas por Costa para su novelística (Sánchez Vidal, 1984: 38).

9 Gumersindo de Azcárate en su novela de 1876 se sirve de un diseño editorial de testamento otorgado cuyo testador, en primera persona, glosa la adaptación del contenido del *Ideal de la humanidad para la vida* de Krause que había hecho en 1860 Julián Sanz del Río. La “minuta” resulta el mejor expediente pedagógico formal para servir de receptáculo a los “consejos y recomendaciones” que se desgranar desde el principio (Azcárate, 1967: 87). Una vez expuestos los hechos principales de la vida del *alter ego* del autor como hijo, esposo, padre, ciudadano y profesor, insiste en la recapitulación en la finalidad de “ejemplo y enseñanza” (p. 192) que ha estimulado la redacción del texto.

regenta dos academias donde se armonizan la fuerza del trabajo y la cultura, intercambiando sus respectivas materias de estudio,¹⁰ y todo ello desde la autoridad pedagógica de la que se ha hecho merecedor. Se glosa su sólida preparación intelectual, cimentada en contacto con los maestros de la Ilustración del XVIII, y sus estudios en Alemania con Fichte, y se invoca la Biblia y la tradición hispánica. Incluso hay notas del taller del escritor que señalan la importancia de la inserción de elementos más ligeros que amenizan el texto. Ahí se incluyen las escenas estudiantiles, a la manera de las novelas de costumbre universitarias;¹¹ una de las más relevantes iba a ser la “batalla paval” (Sánchez Vidal, 1981: 54 y ss.).¹² Todos los mensajes van enderezados a embridar los excesos para que pueda triunfar una revolución verdadera. Junto a los saberes teóricos, es necesario un cierto ascetismo que empuje al héroe a encontrar el espíritu evangélico primitivo, similar al que alienta a algunos personajes conocidos de Galdós, y a buscar una síntesis, también al modo galdosiano, de las tres culturas.

Quedan nítidamente desarrolladas las metodologías educativas que invocan el contacto directo con el alumno o las reuniones discipulares, previsiblemente en el capítulo en el que el autor contraponen la enseñanza jesuítica a la pestalozziana. Uno de los epígrafes reza: “El pedagogo que ha tomado el juego como principio de educación sabe más que Aristóteles (II, 26)” (*ibidem*, p. 62). En la novela se insertan pasajes muy significativos que contraponen las metodologías educativas nuevas a las viejas:

Como un niño cogiera mal la pluma y no escribiera bien, este anticuado dómine se la puso en la mano con tal furia que le sacó la sangre, clavándosela y comentando a Justo: “Nada, nada, el cariño no sirve de nada, todo ha de ser a fuerza de palos, la letra con sangre entra, ¿no es verdad, señor don Justo?”. A lo que este replica: “Soy de vuestra opinión con que entra la letra, pero espíritu no” (II, 28). (*Ibidem*, p. 50, n. 33)

-
- 10 Sánchez Vidal (1981: 81) extracta las notas de Costa sobre este capítulo: “‘Al desaparecer el maestro huirán sus discípulos como los de Sócrates y los de Cristo al morir este y aquel, pero la convocan otra vez en secreto con sus tiernos discípulos, y será cuando los cojan’ (I, 14). En efecto, en la *Conclusión* (I, 75) un discípulo contará al Justo anciano y ciego refugiado en la Almunia de Valdediós la suerte corrida por sus hijos y nietos espirituales: fueron apresados y conducidos al cadalso ‘cantando plegarias a Dios e himnos a la humanidad’, mezclados con el nombre de Justo. Se les azotó y quemó por herejes (I, 76). Justo desfallecerá ante estas noticias: ‘momento de desaliento; también lo tuvo Cristo en el huerto’ (I, 74)”. Sánchez Vidal ve este episodio como una profecía de lo que sucedería a la Institución Libre de Enseñanza en 1939, y considera que Costa pudo inspirarse en el colegio de San Mateo (1821-1825) de Alberto Lista, precedente de la ILE.
- 11 La pieza de Juan Armada y Losada *El último estudiante* (1883) puede considerarse como modelo de la novela de costumbres estudiantiles naturalista, con algunas marcas que dotarán de unidad al subgénero. En ella aparece el estudiante universitario en lucha con el medio. Calamidades, crítica del sistema académico, bromas, gamberradas y fracaso escolar son rasgos que se verifican también en la novela de José Fraguas *El estudiante* (1889), dentro del naturalismo de tesis, dado que estos autores imprimen a sus novelas una intención moralizadora al subrayar la idea de que la llegada del joven a la ciudad universitaria es una ocasión para la pérdida.
- 12 Costa aclara que se trataría de una broma que gastarían los estudiantes a un sabio francés por ser motejados por él como *pavos*. Iría aderezada de música y murgas, y cuando el profesor saliera al balcón las trompas saludarían a modo de rebuzno (Sánchez Vidal, 1981: 56-57). Así comienza el borrador de esta “soberbia escena novelesca”: “Una diablura estudiantil. Los estudiantes se concentrarán para dar un bromazo de buen género a un profesor. Serán 1000 estudiantes; el día de navidad compran cada uno un pavo, y a una misma hora desde las 7 de la mañana comienzan a reunirse en la calle 1000 estudiantes, 1000 mozos de cordel, y granujas para subir el pavo” (*ibidem*, p. 54).

El protagonista visita ese mismo día una escuela pestalozziana. Anteriormente, en ausencia del maestro, Bermudo había pintado en el encerado símbolos que representaban la vieja escuela y la nueva. Para aquella se dibujaba un muchacho que entraba en ella con unas orejas largas y salía con otras más largas todavía; en esta, por el contrario, sus orejas se reducían (*ibidem*).¹³

Viejos maestros jesuitas prorrumpen ante los alumnos en frases como las que siguen:

... Tenemos podrida la juventud... Para apagar este incendio que amenaza al mundo es necesario remover las ya casi frías cenizas de las hogueras del “Santo Oficio”. Y diciendo esto había cogido el brazo del muchacho, el cual oyendo el Santo Oficio y sintiendo la presión de los dedos convulsos del jesuita, dio un chillido y un salto como si hubiera sentido que le apretaban el brazo con una tenaza candente, y desasiéndose del padre corrió al señor Justo. (*Ibidem*, p. 51)

A partir de ese momento el maestro enseña al discípulo según nuevos modos. Muy interesante es la recreación que se proponía hacer Costa de la figura del profesor como víctima propiciatoria en época histórica revolucionaria, evocando la legendaria figura del maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll, tal y como hacía Galdós con su personaje Patricio Sarmiento, aunque obviando la comicidad y la ironía que impregna Galdós en el héroe del episodio nacional *El terror de 1824*.¹⁴ Costa convierte también a Justo en otro Cristo que se inmola por el progreso de la humanidad hacia su justo destino al convertir los sufrimientos de su héroe en un nuevo impulso hacia la armonía final.¹⁵

LA LEY DEL EMBUDO (1897) DE QUERAL Y FORMIGALES,¹⁶ UNA NOVELA COSTISTA CON PERSONAJE PROFESOR: MODOS EXPRESIVOS PEDAGÓGICOS

Tal vez el discípulo más incondicional de Joaquín Costa fuera el “escribano de Huesca” Pascual Queral y Formigales, cuya única novela, *La ley del embudo*, prologada por el maestro,

13 Pedro Antonio de Alarcón, en el cuento *Un maestro de antaño* (1880), sistematiza los castigos aflictivos practicados en la escuela vieja de su época (Alarcón, 1943: 1741-1747): “Cinco eran allí los castigos o sanciones penales de la enseñanza: 1.º ponerse de rodillas, 2.º correazo sobre la ropa; 3.º palmetazo; 4.º llevar colgado del cuello ¡todo un día! cierto cartón en que estaba pintado un burro y 5.º azotes [...]. Los azotes se administraban bajándole los calzones y dándole otro adulto con las disciplinas” (p. 1743). La novela de José Zahonero *Barrabás* (1890), dedicada por su autor a la Institución Libre de Enseñanza, impugna las violentas maneras pedagógicas practicadas en un internado religioso lazarista, incidiendo asimismo en el aspecto disciplinario, con glosa del castigo aflictivo como manera habitual de funcionamiento diario, al modo de las pedagogías practicadas por el personaje galdosiano Pedro Polo en *Doctor Centeno* (1883).

14 La primera parte de la novela costiana concluiría precisamente con un testamento político lleno de dignidad en forma de legado para los discípulos de Justo, con parecido también a las palabras finales de Sarmiento en el patíbulo.

15 Galdós, en el episodio nacional *El terror de 1824*, había hecho de su personaje maestro un mártir del absolutismo fernandino, muy ajustado al posible referente real, Cayetano Ripoll, el maestro de escuela de Ruzafa (Valencia) que fue ahorcado en la plaza del Mercado de Valencia a manos de la reacción apostólica en 1826, tras el fallo de las Juntas de Fe. Marcelino Menéndez Pelayo (1948: 139-143) explica los hechos en el epígrafe titulado “Suplicio del maestro deísta Cayetano Ripoll en Valencia”. Se sirve como fuente documental del artículo de Salustiano de Olózaga “Un ahorcado en tiempo de Fernando VII por sus opiniones religiosas” (Olózaga, 1864: 349-373).

16 Cito por la edición de Juan Carlos Ara Torralba (Queral, 1994).

presenta a algunos de sus personajes como emanaciones de la figura de Costa.¹⁷ Rosa María Andrés Alonso y José Luis Calvo Carilla (1984: 137-154) entienden que se trata de una *novela costista* porque los rasgos positivos de algunos personajes glosan lisa y llanamente la figura de Costa. No solo se verifica esta filiación en el plano literario, sino también en el plano del activismo político, pues durante la década de los años noventa Queral es un combatiente del caciquismo de su provincia y apoya el proyecto político de Costa, y se convierte en colaborador entusiasta y confidente político en las campañas agronómicas y políticas de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, tal y como queda reflejado con creces en la novela. Es decir, la influencia costista procede tanto de los borradores novelescos como del ensayo y de la actividad pública (Romero Tobar, 1977: 166).

Como reza su subtítulo, la obra constituye una *minuta* de la vida nacional de la Restauración, por más que se trate de una *novela en clave* cuyos sucesos tienen estricta correspondencia con hechos reales sucedidos en la ciudad de Huesca en torno a las actuaciones del cacique Camo Nogués durante la Restauración y en años anteriores (así lo atestigua Juan Carlos Ara Torralba en la edición de la novela). El prólogo de Joaquín Costa, además de mostrar la relación que tiene la novela con la vida y la obra del autor de *Oligarquía y caciquismo*, apunta con clarividencia los rasgos distintivos de la narración: *analítica, estudio procesal* del mal político del caciquismo, bajo capa de novela, pero pisando el terreno de los textos científicos políticos de Giner o de Azcárate, que diagnostican los males de la patria con indicación del tratamiento.

De manera que estamos ante un texto auxiliar de teórica regeneracionista que desmenuza el sistema caciquil de la Restauración. Hay un fuerte componente —lo señala Costa en el prólogo— de *catecismo doctrinal* que se manifiesta sobre todo en la segunda parte de la novela, con la puesta en escena de largos diálogos en boca de los portavoces de la doctrina regeneradora. La dedicatoria y, por supuesto, el contenido de la novela ayudan a fijar con mayor nitidez la conexión con la obra educativa de Azcárate, destinatario expreso de la novela. Se insiste tanto en la naturaleza de *testimonio* o de *testamento* que una vez más el lector no puede sustraerse al recuerdo del legado dejado por el profesor krausista en la *Minuta de un testamento*, que tanto había influido en la obra de Galdós, y en la novelística de Joaquín Costa, tal como se ha señalado.

Es decir, *La ley del embudo*, según los críticos, queda anclada en el esquema de una novela de tesis que pretende estudiar el caciquismo a partir de una anécdota que remite a la realidad

17 A la introducción de Ara debemos la exhumación de los datos que jalonan la biografía de Queral. Muerto prematuramente en 1898, un año después de dar a las prensas su novela, había nacido en Bosost (Lérida) en septiembre de 1848, pero muy pronto se trasladó a Barbastro, ciudad natal de su madre, como consecuencia del fallecimiento del padre, Pascual Queral Castell. Estudiante de primeras y segundas letras en el seminario de Barbastro, cursó después, por libre, la carrera menor de Notariado en la Universidad de Zaragoza. A imitación de su hermano Rafael, archivero de la Diputación Provincial de Huesca y abogado, pasó a la capital oscense en 1882, con plaza de escribano en el Juzgado de Primera Instancia. A partir de ese momento es el escribano de Huesca y desempeña su profesión en esa ciudad, a la vez que propende enseguida a la acción política y al periodismo. Observador de los malos modos políticos de Camo Nogués, se sitúa en oposición frontal al cacique local. Su labor de periodista beligerante queda registrada en *El Diario de Huesca* y en *La Brújula*, donde combate precisamente el mal caciquil que asola la ciudad, tal como se narra en la novela.

de unos hechos sucedidos. El autor parece muchas veces, tal como apuntan los críticos, “un ensayista metido a narrador”. Como consecuencia de este estudio procesal se demuestra que el caciquismo es la causa de la degeneración de Infundia (nombre simbólico de la ciudad oscense) y del país entero. Con todo, la novela se convierte en canon de la novela regeneracionista en lo que tiene de exhaustiva disección del mal que se ha propuesto estudiar el escritor.

Para ello el autor se vale de la puesta en escena de personajes maniqueos que ejemplifican con sus actuaciones la bondad o la maldad de las ideas. Precisamente el relato literario queda lastrado por el abuso del debate ideológico, de las reconvenções morales o de “los entusiastas o decepcionados comentarios del autor” (Andrés y Calvo, 1984: 149). Obviando los ingredientes periodísticos, enfundados en un cierto ropaje de la sátira de la Antigüedad clásica, y sin entrar a desarrollar las limitaciones artísticas de la obra, interesa poner de manifiesto la relevancia concedida por el autor a la pedagogía y al personaje profesor o maestro, al modo de lo que ocurría en la novelística del último Galdós.¹⁸ Parece claro que la propia naturaleza del género lleva en su entraña el componente pedagógico, por cuanto hay una voluntad de enseñar analizando los males y proponiendo tesis o sentencias. El epílogo final —señala Ara (en Queral, 1994: 545, n. 336)— funciona como sentencia de todo el texto procesal que es la novela. Hay explicación didáctica de los males y de su terapia y la obra queda finalmente conformada como una novela de tesis regeneracionista que utiliza recursos cercanos a la novela pedagógica.¹⁹ Las citas de los autores regeneracionistas, de los ilustrados, de los *geopónicos* o del Evangelio así lo corroboran.

Pero es que además el autor se vale de un personaje principal, el opositor al héroe negativo, Gonzalo Espartaco, como modelo de profesor dotado de capacidades extraordinarias para derrotar al cacique. Aparece este perfilado como joven licenciado en Filosofía y en Derecho, catedrático del instituto de Infundia, con vigor intelectual y físico, de acuerdo siempre con el desiderátum de la nueva pedagogía:

poseía una cultura general tan vasta y sólida que resultaba una enciclopedia viviente, unido a una educación práctica esmerada, digna de un príncipe. Una de las relevantes cualidades de nuestro Espartaco era su educación esmerada y sólida; a una forma irreprochablemente cortés juntaba perfecta solidez en la moral de fondo. En todos sus actos, antes que el bien parecer, estaba atento al buen *ser*; con dar a los fueros de la opinión social cuanto es legítimo, prefería en todo momento estar bien consigo mismo, con su conciencia [...]. Completaban estas prendas morales condiciones físicas en gallarda proporción; era robusto, alto, fornido, de varonil hermosura, cual modeló sus galanes Nicolas Poussin;

18 Véase Ezpeleta (2004), donde rastreo la presencia de los personajes del maestro y la maestra en el último Galdós para constatar que el novelista redondea la situación realista de la escuela incorporando datos que se le habían escapado en anteriores novelas; todo ello, además, mediante la utilización sistemática de recursos expresivos cómicos cercanos a la epopeya menipea. Por otra parte, el novelista canario ideó los personajes de las maestras de *El caballero encantado*, *La Primera República* y *La razón de la sinrazón* como homenaje a Teodosia Gandarias, en esos momentos compañera de *pedagogías* de Galdós. En esas mismas novelas aparecen tipos de maestros episódicos, caracterizados de forma negativa, como Alquiborontifosio de las Quintanas Rubias, en *El caballero encantado* (1909), o Pejón, en *La razón de la sinrazón* (1915).

19 Aunque la novela se sitúe, junto a la *Sitilla* de Emilio Gutiérrez Gamero, dentro del subgénero de la “novela de costumbres políticas” (Ara, 1994: LXIII), se sirve de recursos de la novela pedagógica tales como el uso del diálogo entre maestro y discípulo o el viaje aleccionador.

no desdeñaba los ejercicios corporales, en los que resultaba espontáneamente gracioso y gentil, como quien ha educado su cuerpo en equilibrio con un espíritu culto. (pp. 208-209)

No se dan muchos detalles sobre su práctica profesional cotidiana. Recién llegado, Gonzalo se consagra a su trabajo, y avanzada la novela el lector se entera de que el instituto tiene un aparato telefónico que usa el catedrático en alguna ocasión, o bien se constata que algunos de los alumnos de Espartaco son espías que transmiten información a los padres, peleles del cacique, y poco más. No hay ciertamente investigación sobre el funcionamiento interno del centro educativo donde imparte sus lecciones el catedrático. Lo importante es que, dentro de los planteamientos de la novela, este personaje se convierte en arquetipo de héroe regeneracionista, y su profesión docente en un instituto le otorga, en principio, un considerable plus de valía moral. Intelectualmente bien dotado, Gonzalo maneja la pluma a las mil maravillas, hasta el punto de que buena parte de su éxito radica en la habilidad con la que domina el artículo y el suelto en los periódicos *El Independiente* y *El Marrano*, órganos de oposición a *El Chiflete* y algún otro más, dentro de la polémica periodística con que se sazona en la novela la peripecia regeneradora. La caracterización que hace Leonardo Romero (1977: 189) del prototipo de héroe de la novela regeneracionista es aplicable perfectamente a Gonzalo Espartaco:

El arquetipo del héroe novelesco regeneracionista dibuja la figura de un hombre joven de la clase media, en alguna manera distanciado de los compromisos y mediaciones de su medio social, competente en los aspectos técnicos, e intachable en su comportamiento privado; hombre, en fin, capaz de emprender una empresa reformista cuyos resultados escapan al alcance de sus intenciones.

Modelo esquemático, en suma, de personaje masculino que tiene algunas notas del desiderátum educativo de la Institución Libre de Enseñanza. La estrecha conexión de Queral con esas nuevas ideas educativas se atestigua permanentemente en la novela mediante la invocación ya señalada a Azcárate o a Costa. No hay que olvidar, además, el protagonismo que Queral adquiere en la cuestión escolar de la ciudad oscense como vocal del órgano educativo que dirige la escuela en el nivel provincial, la Junta de Instrucción Pública, a partir de 1887.²⁰ Las intervenciones políticas del personaje van siempre encaminadas a la restauración de una armonía social arrumbada por el caciquismo. Y para ello se ve impelido por un móvil moral que invoca siempre el concepto de educación de inocultable filiación krausista, al modo del resto de los héroes regeneradores de otras novelas afines.²¹

20 Ara (1994: XIX, n. 27) señala que el autor participa como miembro de los tribunales de oposición de maestros de escuela y en otra suerte de actos académicos de la ciudad. Indica que mantiene asimismo estrecha relación de amistad con el inspector de primera enseñanza y compañero del periódico *La Brújula* Juan Núñez Loscos y con el carismático director del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Huesca Manuel López Bastarán (véase Queral, 1994: 315, n. 256, y 312, n. 254).

21 De la nómina de estos héroes regeneracionistas intachables que desempeñan profesiones como las de ingenieros, médicos o profesores, tal vez sea el personaje de Manolo Bermejo de *La Tierra de Campos*, del catedrático de instituto Macías Picavea, quien presente una adscripción más clara a los planteamientos filosóficos krausistas. Véase Serrano (1983: 293-315).

Espartaco es un *recto Catón* que considera necesario inculcar a los paisanos una educación política basada en métodos escolares:

Comenzó por trazar en una serie de artículos el programa del nuevo Ayuntamiento; en fórmulas concretas y sencillas hizo una especie de “Manual del edil” que nos duele no reproducir, pues fuera meritorio propagar la buena doctrina política y administrativa, en que abunda, y los sanos consejos con que induce a su recta aplicación. Debiera coleccionarse aquella serie de artículos en un tomo que se titulara como hemos dicho y aun por su mucha miga pudieran llamarle *Mentor del ciudadano*. (p. 226)

Resulta obvia la identificación, por medio de su personaje, con las tesis costistas en lo que tienen de propuestas regeneradoras para atajar los males del momento. El autor desmonta pieza a pieza el mecanismo caciquil verificado en la ciudad de Infundia. Partiendo de la consideración de que la Revolución del 68 sienta las bases del caciquismo (capítulo x), pone al descubierto la impostura política de la época, incidiendo en las fallas morales y en el falseamiento y la hipocresía que envuelven todo el tinglado social, para concluir con una propuesta de *revolución desde arriba* (epílogo) como único medio de corregir los desvíos.

Otro personaje que remite a Joaquín Costa es Ricardo Atienza, hidalgo íntegro que deplora la política de Castelar y que se retira al campo, con su divisa de “Amicus Plato, sed magis amica veritas” (p. 492), rodeado de libros, algunos de los cuales están escritos por él mismo y que, en todo caso, glosan propuestas regeneradoras a la manera de las de Costa.²² Aparece con un bagaje intelectual, profesional y moral muy parecido al del autor de *Oligarquía y caciquismo*:

se impuso desde joven el sacrificio de la propia voluntad en aras del deber y, como tal, una especie de culto de los más puros ideales; que no tomó como progreso el acaparamiento de riquezas y honores, pues, convencido de otra vida supramaterial y de que el mundo lo llevamos dentro, buscó en la satisfacción de la propia conciencia el único galardón efectivo para el hombre de profundo espíritu y de temple superior. Como sistema de perfeccionamiento, hizo toda su vida cuanto conduce a ennoblecer el corazón, ilustrar la mente y robustecer el cuerpo; así llegó a ser un atleta, moral y físicamente. (p. 484)

Tal anhelo de hombre integral de raigambre institucionista se redondea mediante sus estudios universitarios, a la manera costiana:

En sus mocedades honró en la Central las facultades de Filosofía y Derecho, cuyas carreras hizo con toda brillantez. [...] Terminadas esas carreras, adulto ya, comprendiendo que aquí, en este país, abunda la literatura, huera en muchos, cuando faltan otras ciencias positivas, hizo la carrera de Ingeniero Agrónomo, cuyos conocimientos aplicó a sus grandes labores para honra y provecho propios, así como para ventaja de sus conciudadanos, que tenían gratuitamente una escuela práctica en sus patrimonios, un apóstol incansable y un mentor sapientísimo en aquel fénix de los labradores y los ciudadanos. Hizo también sus pinitos de politiquear; fue diputado a las Constituyentes del 54. (p. 484)

22 Los títulos de los libros compuestos por este hidalgo de resonancias peredianas son “*Legalidad y justicia, De la esencia de los Gobiernos, Programa Geopónico, Regar o emigrar, Poder y desgobierno, España y su decadencia, causas y remedios*” (p. 490).

Personaje, pues, convertido en otro ariete positivo para apuntalar las tesis pedagógicas del autor. Quiere ser un “propagandista por el ejemplo” para “predicar con los brazos”. Es decir, ejemplificación, como señalan Andrés y Calvo (1984: 151), de la puesta en práctica de las ideas costistas en el medio rural, del mismo modo que Gonzalo Espartaco, la principal emanación de Costa, representa tal actividad puesta al servicio de la ciudad. Por ello, poco antes, en el capítulo XL, titulado “De una plática, más que sabrosa, entre un sabio y un patán”, el autor ha preparado el terreno poniendo ante los ojos del lector una visión arcádica de la vida campesina,²³ glosando las bondades intrínsecas de la naturaleza en el diálogo entre el sabio don M. y el tío Antonio, muy similar al que sostienen en *Pío Cid* el protagonista y el rústico que lo acompaña en su campaña electoral andaluza,²⁴ con la nota pintoresca de convertir a Jovellanos en tío del patán.

El trasfondo krausista que respira la novela se pone de manifiesto, más que en las invocaciones al propio Krause (encuentro una en la página 111), en las concomitancias con la figura de Gumersindo de Azcárate, destinatario de la dedicatoria, de quien se aprovecha, además, un “sistema dinámico de votos” (pp. 504-505) para insertarlo, con el alarde gráfico propio de algunas novelas regeneracionistas,²⁵ en la parte final de la novela, con motivo del viaje electoral de don Emeterio (probable trasunto de Castelar).²⁶ Pero el ideal filosófico se muestra sobre todo en la apelación al componente espiritual del ser humano con citas de la Biblia: tal la de san Mateo acerca de la invocación de la justicia entre los hombres (“la *suma de la ley*”) antes de la dedicatoria; o, de forma constante a lo largo de toda la novela, en la apelación al Hacedor Supremo por parte del narrador omnisciente: “Prosternémonos ante el Hacedor Supremo, admirando en ese contrapeso a la concupiscencia, la inmensa provisión de la infinita sabiduría” (p. 136).

Es casi siempre el personaje valetudinario Wenceslao, hermano del cacique, quien funciona con la voz pedagógica del autor, defendiendo una construcción moral del ser humano y

23 Ara (en Queral, 1994: 415) insiste en el fuerte tono perediano de estas escenas.

24 En esa novela de Ganivet se incluye asimismo un valioso relato de disección de los males rurales de la época, con ejemplificación del mecanismo caciquil de compra de votos, pucherazos y todo tipo de trampas *ad hoc*. Y entre los personajes secundarios que dan vida a este pasaje tiene cabida también el maestro rural, el maestro Ciruela, como representante del maestro famélico al que deben varios años de sueldo, en la geografía granadina.

25 La novela de J. Esteban de Marchamalo *Los universitarios* (1902), que disecciona los usos académicos en el curso de 1898, admite del mismo modo la inserción de propuestas regeneradoras vertidas en forma de cuadro sinóptico y la frecuente utilización de la cursiva, de datos estadísticos o de las citas que glosan ideológicamente el contenido de los capítulos. Se trata de una novela de costumbres escolares imbuida del espíritu regeneracionista ambiente y que da como resultado la conformación de un cuerpo pedagógico defendido, a manera de tesis, confrontado a las prácticas educativas caducas frente a otras nuevas en sintonía con el ideario de la ILE. Uno de los profesores con perfil institucionista es el catedrático universitario Mendoza, quien en un discurso leído en la ceremonia del año académico concreta el nuevo desiderátum educativo a partir de la impugnación radical de los viejos modos. De factura gineriana, su propuesta, macerada en el contacto con las modernas universidades extranjeras, apela a la educación integral bajo unas pautas ceñidas a las propuestas de la Institución Libre de Enseñanza, como corrobora el expresivo cuadro sinóptico en el que se temporalizan los objetivos educativos, basados en la intuición, la higiene y los objetos. Ciertamente la novela de J. Esteban de Marchamalo encuentra también acomodo en este grupo literario de la novelística regeneracionista. Desde luego, la localización temporal del año 1898 es de suyo hartamente elocuente, aparte la utilización sistemática de los principales recursos expresivos que confirman la literatura regeneracionista.

26 Leonardo Romero Tobar (1977: 168) señaló la identificación de Emeterio Gorgias (don M.) con Emilio Castelar. Este es también una gran figura de la política nacional, orador de fama, posibilista, soltero, de voz atiplada y con desempeño de papel político en la República y en la Restauración.

de la sociedad como contrapunto a lo que representa su hermano Gustito. La más significativa es la fraterna que dedica el tullido a su hermano con tono de homilía, citas de Séneca, san Agustín y el Génesis, defendiendo el componente religioso como torcedor de la voluntad de los hombres, con glosa de las bienaventuranzas:

Recuerdo que no traigo para mortificarte sino cumpliendo el precepto del Divino Maestro, cuando dice: “Si tu hermano cayese en alguna culpa, ve y corrígele estando a solas con él”. He señalado lo más urgente de reforma para tu inmediato alivio. Enmiéndate, hermano, *levanta el corazón*, disponte a la gracia. (p. 340)

Se trata de un personaje endeble literariamente, como había señalado Costa en el prólogo, que funciona como la voz del autor y que simboliza “la educación como superación de los defectos de la naturaleza” (Andrés y Calvo, 1984: 148).

El modelo educativo institucionista queda redondeado en la figura de Amparo, con quien casa finalmente Espartaco. Educada en ambiente krausista (*ibidem*, p. 142), con profesores de ambos sexos, es femenina, con preparación práctica y con las inevitables habilidades artísticas en piano y educación literaria. El capítulo v, “Un ángel con faldas y una escultura de carne”, la presenta, en efecto, como un *ángel del hogar* que supera la viciosa educación española, de carácter siempre teórico. La de ella, por el contrario, se dedicó “a lo práctico antes que a lo teórico”:

Nació robusta; creció precoz, la educaron con esmero, desarrollóse magnífica. La instruyeron profesores de ambos sexos, los más sobresalientes en su respectiva especialidad; la educó su padre, que vivió para ello, conociendo el inapreciable tesoro que el Cielo le había dado. Huyendo del escollo tan común en la viciosa educación española, se atendió en la de Amparito a lo práctico antes que a lo teórico, a las haciendas útiles con preferencia a las artes de adorno. (pp. 62-63)

En otro nivel se sitúa la aparición de la figura del maestro o la maestra de escuela, casi nunca ausente en el género. El autor conocía bien, como se ha señalado, la cuestión escolar, y traspone en su novela a alguno de los maestros con los que se topó en su condición de vocal de la Junta de Instrucción Pública de Huesca.²⁷ El más importante de ellos es Diego Palmeta, personaje impregnado de las notas cómicas que la tradición atribuye, como vamos viendo, al maestro de escuela. El personaje es colaborador de Gustito en el periódico y tiene el prurito del *gramaticalismo*, al modo del Canuto Prosodia de Pereda²⁸ o de otros personajes maestros de la narrativa del siglo XIX y principios del XX.

27 Ara pone nombres y apellidos reales a algunos de estos personajes episódicos.

28 En realidad el personaje de José María Pereda, Canuto Prosodia, puede considerarse como inmediato precedente de los tipos docentes galdosianos al modo de Ido del Sagrario, y cobra vida en los cuadros costumbristas de 1871 de *Tipos y paisajes* (“Para ser un buen arriero” y “Blasones y talegas”). Se trata de un boceto del tipo de maestro de escuela enjuto y corto de luces, objeto de risas. En el segundo de los cuadros este maestro hace exhibición de pedantería y de mala gramática: “Versificación de epitalmio en doce pies de verso desiguales, conforme a reglas; discurreda por Canuto Prosodia, maestro de instrucción primaria elemental de este pueblo, y dedicada a la mayor preponderancia, majestad y engrandecimiento de la ilustre Doña Verónica Tres-solares” (Pereda, 1989: 440).

El narrador, desde el momento de la primera aparición del tipo, resalta el componente humorístico mediante la alusión a la propensión de los maestros a la locura y ridiculizando el exceso de celo ortográfico, que lo convierte en un pobre pedante, características, estas dos, recogidas en otras descripciones del tipo del maestro en la literatura. Hay que considerar que Costa había señalado el humor como rasgo valioso que impregna esta novela hasta dotarla de una tonalidad que se extiende de principio a fin, convirtiendo el rasgo casi en un género literario:

Entre los dos redactando un suelto de actualidad, sentábase don Diego Palmeta, maestro de instrucción primaria que no estaba llamado a volverse loco, pero en realidad era la verdadera inteligencia de la redacción. Por lo menos aprendió ortografía, por lo que, aparte de lo útil que esto resulta en donde los demás no saben, hacía otro papel inapreciable. En toda polémica en que *El Chiflete* se encontraba vencido, salía Palmeta cogiendo al adversario un descuido gramatical u ortográfico. (p. 112)

Otras veces el narrador se sirve del personaje como reflector de los *males canónicos* del magisterio: “Palmeta debía un piquillo que por las estrecheces clásicas del Magisterio²⁹ no podía solventar; pues el acreedor, que se tenía también por muy amigo del jefe, recurrió a este para que influyera a fin de que le pagaran” (p. 144).

Y, en todo caso, el hecho de que este personaje y otros maestros³⁰ estén del lado del cacique es indicativo de la mirada negativa que tiene el autor hacia la clase del magisterio. En un momento de polémica encendida de la prensa, el catedrático Espartaco deja en evidencia al maestro Palmeta desmontando su vacua palabrería:

No pudo andarse Palmeta con sus tiquismiquis ortográficos: a la primera intentona, Gonzalo, muy perito en la filosofía del lenguaje, recurrió a sus vastos conocimientos de gramática general con aplicación al idioma patrio y lo confundió llamándole con demostraciones al canto, hablista de epítome y solo apto para ocultar tras su *gramaticalismo* decadente una ignorancia crasa y supina. (p. 224)

El narrador se sirve del recurso de la ironía cuando observa la manera de producirse del maestro Palmeta, quien reaparece más tarde en debate ridículo con el cacique empleándose del siguiente modo:

29 La época de la Restauración, a pesar de presentar algún avance en lo económico y en lo social, acusa serias deficiencias en la cuestión de la enseñanza, como se encarga de poner de manifiesto cada semana la prensa profesional de magisterio. Son años en los que los maestros se mueren de hambre, como corroboran los cientos de sueltos que se insertan en esas revistas profesionales. Los sueldos, inferiores a los de los peones, no llegan con regularidad a las manos de los *mentores de la infancia*. Los maestros se hacen periodistas para denunciar toda clase de abusos: malos tratos de los órganos de gestión educativa, estado ruinoso de la escuela y, sobre todo, falta de regularidad en los pagos.

30 Otros maestros aparecen de manera más fugaz para ponerse al servicio casi siempre del lado caciquil. Así, el artículo “Los miserables” del periódico camista ha sido dictado a “un maestro de un pueblecito hallado accidentalmente en Infundia”, tal vez José Fatás, maestro superior de Huesca, según Ara (en Queral, 1994: 75-76, n. 79). Gustito organiza el tejido político apoyándose en holgazanes, ministrantes o maestros (p. 84). Tal, Joaquinito Macarrón, “un pollastre muy almiarado que sabía, según afirmaba modestamente, mucha literatura, mucha historia, mucha filosofía” (p. 111), identificado por Juan Carlos Ara con Julio Pellicer Nogués, maestro también con estudios de Derecho que colaborará durante muchos años en *El Diario*.

—¿Qué duda cabe? Las partículas cualitativas y cuantitativas, modificativos del pensamiento capital, tienen distinto valor según su colocación; así sucede por ejemplo con el adjetivo: ¿quién no advierte la diferencia que hay, v. gr., entre *un pobre hombre* y *un hombre pobre*?, ¿entre *un hombre grande* y *un grande hombre*, etc., etc.? Lo mismo digo del superlativo. Así, dando por sentado que la colocación obedece a malicia y no a ignorancia, lo que no fuera extraño porque los metafísicos saben poca gramática, suponiendo la intención, entiendo que el suelto es ofensivo. *Pintado muy bien*, siguió Palmeta, es decir que la perfección, expresada por el superlativo, se refiere a la idea, a la intención, a la esencia, a la propiedad de la pintura, no a su ejecución; luego concluyo preopinando, pues soy el primer consultado, concluyo preopinando que es ofensiva la gacetilla sometida a este informe. (p. 319)

Ni más ni menos que el tópico de la pedantería lingüística que se carga sistemáticamente en el debe del personaje maestro de escuela como nota humorística eficaz.

En una novela que disecciona el caciquismo no puede faltar el personaje de la maestra de escuela, aunque sea por medio de apariciones episódicas. En algunos casos se habla de ella como objeto de discusión caciquil por parte de las fuerzas vivas para colocar a una o a otra (p. 145) o para aludir al rijo descontrolado de alcaldes o secretarios cuando hay cerca una de ellas (p. 151), preludiando el ambiente hosco y asfixiante de *Doña Mesalina* de López Pinillos. No ahorra tampoco el narrador la sátira de la tendencia al atildamiento de la maestra *bachillera*, sobre la que Galdós había atizado también en las novelas de vejez:

La señorita P. era una romántica histérica muy fina y culiparlante, que decía *melindres*, *afleuto* y *Valladolid*, sobrina de Zarandillo; tan aprovechada que en un solo día se hizo maestra superior en la Normal de Infundia, utilizando la libertad de enseñanza por entonces omnímoda.³¹ (p. 76)

O se apunta el perfil de la *maestra enfermera* que auxilia maternalmente a los expedicionarios del viaje electoral (p. 372). Se trata siempre de meros apuntes en los que está ausente la glosa de la metodología docente o de la práctica escolar; del mismo modo, por ejemplo, que el autor no omite tampoco la sátira del tipo del sabio local que tanto rendimiento tiene en la narrativa realista de Galdós y Clarín.³²

CONCLUSIÓN

En las dos novelas que nos ocupan, una vez hecho el diagnóstico, se impone la invocación de las soluciones, y en ambos casos la voz del narrador o la del personaje principal apelan a la pedagogía como única salida posible. De modo que se desgranar en ambas obras idearios pedagógicos más o menos sistematizados que hunden sus raíces en planteamientos krausistas, plasmados más tarde en doctrinas pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza. No es extraño, por lo tanto, que la figura del personaje profesor tenga cabida aquí casi como una marca

31 Ara (1994: 76) señala que detrás de esta maestra podría estar Dolores Gardeta Comel, o bien la directora de la Escuela Normal de Huesca, Isabel Martínez Campo.

32 Según Ara, detrás de este tipo está Mariano de Pano.

genérica más, revestida de carácter positivo, hasta el punto de recibir el cometido de contrapesar con su acción regeneradora la situación de miseria moral en la que se ven inmersos los ciudadanos. Los docentes cumplen así misiones de auténticos héroes novelescos, quijotescos, en cuyas fuerzas deposita toda su confianza el escritor.

En el caso de *Justo de Valdediós*, el personaje principal supone una síntesis de la pedagogía krausista, con la caracterización de otro Cristo que se inmola por el pueblo, y aparece revestido de la función redentora propia de un nuevo Hércules espiritualizado que ha de conjurar consecutivamente las consabidas dificultades, al modo de los *trabajos* a los que se enfrenta también el héroe de la novela *Pío Cid* de Ganimet. En el caso de *La ley del embudo*, el héroe es el profesor de instituto Gonzalo Espartaco, que comanda el bando que ha de derrotar al cacique local, valiéndose no pocas veces de argucias propias de la novela de aventuras. A este carácter positivo que el novelista atribuye al profesor regenerador (en otras novelas tal papel puede ser encomendado a otros profesionales de prestigio)³³ se contraponen, y también como un elemento recurrente en el género, personajes secundarios o episódicos maestros o maestras de escuela inmersos en el ambiente caciquil, casi siempre caracterizados con los rasgos estereotipados negativos que presta la tradición.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alarcón, Pedro Antonio de (1943), *Un maestro de antaño*, en *Obras completas de D. Pedro A. de Alarcón*, Madrid, Fax, pp. 1741-1742.
- Andrés Alonso, Rosa María, y Calvo Carilla, José Luis (1984), *La novela aragonesa en el siglo XIX*, Zaragoza, Guara.
- Ara Torralba, Juan Carlos (1994), “*La ley del embudo*, minuta de la vida nacional de la Restauración”, en Pascual Queral y Formigales, *La ley del embudo*, Huesca, IEA, pp. VII-LXXVI.
- Azcárate, Gumersindo de (1967), *Minuta de un testamento*, estudio preliminar de Elías Díaz, Madrid, Ediciones de Cultura Popular.
- Cheyne, George J. G. (ed.) (1984), *El legado de Costa*, Madrid / Zaragoza, Ministerio de Cultura / DGA.
- Ezpeleta Aguilar, Fermín (2004), “Sobre maestros y maestras en la novela del último Galdós”, en Yolanda Arencibia, María del Prado Escobar y Rosa María Quintana (eds.), *VII Congreso Internacional Galdosiano, 2001*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, pp. 241-253 <<http://mdc.ulpgc.es/cdm/singleitem/collection/galdosianos/id/952/rec/23>> [consulta: 8/9/2014].
- Figuerola, Juan Armada y Losada, marqués de (1883), *El último estudiante*, Madrid, Imprenta y Fundación de M. Tello.
- García Fraguas, José Esteban (1888), *El estudiante: novela de costumbres escolares*, Madrid, Juan Muñoz Sánchez.
- (Marchamalo, doctor J. Esteban de [seud.]) (1902), *Los universitarios (novela de tipos y costumbres académicas de 1898)*, Madrid, Biblioteca de la Educación Nacional.

33 Romero (1977: 189) señala entre la nómina de profesiones susceptibles de representar funciones regeneradoras “escritores, abogados, expertos en temas militares, que combaten la abulia, el escepticismo o la inoperancia de las llamadas ‘clases neutras’”.

- Ganivet, Ángel (2001), *La conquista del reino de Maya*, Madrid, Jaguar.
- (1983), *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, edición de Laura Rivkin, Madrid, Cátedra.
- Grandroute, Robert (1985), *Le roman pédagogique de Fénelon à Rousseau*, 2 vols., Ginebra, Slatkine.
- López Pinillos, José (1975), *Doña Mesalina*, prólogo de José-Carlos Mainer, Madrid, Turner.
- Mainer, José-Carlos (1984), “La frustración universitaria de Joaquín Costa”, en George J. G. Cheyne (ed.), *El legado de Costa*, Madrid / Zaragoza, Ministerio de Cultura / DGA, pp. 225-243.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1948), *Historia de los heterodoxos españoles*, vol. vi: *Heterodoxia en el siglo XIX*, Santander, CSIC.
- Noguera López, Joaquín (1932), *La última víctima de la Inquisición. El maestro de Ruzafa: intento de reconstrucción histórica*, Valencia, Cuadernos de Cultura.
- Olózaga, Salustiano de (1864), *Estudios de elocuencia, política, jurisprudencia, historia y moral*, Madrid, A. San Martín / Agustín Jubera.
- Quereda, José María de (1989), “Para ser un buen arriero” y “Blasones y talegas”, en *Obras completas*, vol. I: *Escenas montañesas / Tipos y paisajes*, edición, introducción y notas de Salvador García Castañeda, Santander, Tantín.
- Pérez Galdós, Benito (1976), *El terror de 1824*, Madrid, Alianza (Episodios Nacionales, 17).
- (2003), *La familia de León Roch*, edición de Íñigo Sánchez Llama, Madrid, Cátedra.
- (1977), *El caballero encantado: (cuento real... inverosímil)*, edición de Julio Rodríguez-Puértolas, Madrid, Cátedra.
- (1980), *La Primera República*, Madrid, Alianza (Episodios Nacionales, 44).
- (1973-1977), *La razón de la sinrazón*, en *Obras completas*, vol. III, introducción de Federico Carlos Sainz de Robles, Madrid, Aguilar.
- Queral y Formigales, Pascual (1994), *La ley del embudo*, edición, introducción y notas de Juan Carlos Ara Torralba, Huesca, IEA.
- Romero Tobar, Leonardo (1977), “La novela regeneracionista de la última década del siglo”, en Mercedes Etreros, María Isabel Montesinos y Leonardo Romero, *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, CSIC / Instituto Miguel de Cervantes de Filología Hispánica, pp. 133-209.
- Sánchez Vidal, Agustín (1981), *Las novelas de Joaquín Costa, I: Justo de Valdediós*, Zaragoza, Departamento de Literatura de la Universidad de Zaragoza.
- (1984), “Una patria de tinta: el legado novelístico de Costa”, en *El legado de Costa*, edición de George J. G. Cheyne, Madrid / Zaragoza, Ministerio de Cultura / DGA, pp. 29-68.
- Serrano Lacarra, Carlos (1983), “‘Roman de Castille’ et régénération nationale: de *La Tierra de Campos* à *El problema nacional* de Ricardo Macías Picavea”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 19, pp. 293-315.
- Zahonero, José [1890], *Barrabás*, Madrid, La España Editorial.